

PRESENTACIÓN DEL CONGRESO INTERUNIVERSITARIO

“SANTA TERESA DE JESÚS, MAESTRA DE VIDA”

Jesús García Burillo

Obispo de Ávila y Gran Canciller de la Universidad Católica de Ávila

En nombre propio y en el de la Universidad Católica de Ávila doy la bienvenida a todos los participantes en el Congreso interuniversitario que celebramos en Ávila bajo el título “Santa Teresa de Jesús, Maestra de Vida”: a los que ocupan esta mesa: Rectora, Sr. Alcalde, Sr. Ministro, Presidenta del Consejo Directivo de la UCAV y autoridades...; a los ponentes y todos los participantes. Bienvenidos a la Diócesis de Ávila, a la tierra de Santa Teresa de Jesús.

Hemos elegido para este congreso el tema “Teresa de Jesús, maestra de Vida” al conmemorar el V Centenario del nacimiento de esta Santa carmelita, y dentro de las muchas actividades que se han preparado con este motivo. Ávila aparece este año como el cauce de un torrente de vidas que aquí confluyen con el deseo de sumergirse en el espíritu de Teresa de Jesús; un espíritu desbordante en virtudes humanas y en gracias sobrenaturales. La UCAV y universidades colaboradoras, al organizar este Congreso de reflexión compartida y de experiencia espiritual sobre Santa Teresa como “Maestra de vida”, nos sumamos a innumerables grupos, que llegados de los cinco continentes, conmemoran este evento.

En la actualidad, Teresa de Jesús es el centro de la Iglesia universal al cumplir los 500 años de su nacimiento, 500 años que actualizan un modelo de humanidad y santidad, de gran poder atractivo para cuantos la admiramos y veneramos.

Teresa de Ahumada nació en octubre de 1515 en Ávila, al sur de la meseta de la vieja Castilla. Una mujer, figura eminente del Siglo de Oro español, que comienza en 1492 con la toma de Granada, final de la Reconquista llevada a cabo por los Reyes Católicos.

Durante el siglo XVI la España reunificada conoció un tiempo de prosperidad económica y política, prolongado a lo largo de los dos reinos que facilitaron su estabilidad: el de Carlos V (1515-66) y Felipe II (1566-1598), mientras diez papas se sucedían en el trono pontificio. También es un siglo de enorme vitalidad literaria y artística. Citemos a modo de ejemplo al escultor Alonso Berruguete, a los pintores Luis de Morales, Sánchez Coello o El Greco, o a los poetas Lope de Vega, Garcilaso de la Vega o Fray Luis de León. También es un tiempo de grandes conquistas: Cristóbal Colón descubre América y España está presente en Europa, en los Países Bajos, Alemania e Italia. Es un siglo de descubrimientos técnicos como el reloj de mano o de revolución astral como Copérnico. Pero, sobre todo en lo que respecta a estas Jornadas, el Siglo de Oro es un siglo de santidad: Pedro de Alcántara, Francisco de Borja, Juan de la Cruz, Juan de Rivera y Juan de Ávila, que tuvieron una relación directa con Teresa de Jesús, o San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Juan de Dios, Santo Tomás de Villanueva o San Juan Bautista de la Concepción son grandes santos pertenecientes a esta centuria.

Teresa, una mujer del Siglo de Oro, es también hija de la noble ciudad de Ávila, cuya divisa es «antes quebrar que doblar». Ella nos invita a “ir adelante”, superando toda suerte de impedimentos, de meta en meta, hasta alcanzar lo más íntimo de nuestro ser, allá donde nos descubrimos habitados por la Santísima Trinidad, que nos ha creado a su imagen y semejanza.

LA VIDA DE SANTA TERESA

El camino para conocer la vida de Teresa de Jesús es su propia autobiografía, narrada en el Libro de la Vida. En ella descubrimos un camino humano hacia la santidad, meta pretendida por todos los cristianos, que tan ardua resulta en la vida diaria.

Con motivo del 500 cumpleaños de Santa Teresa de Jesús, el 28 de marzo de este año 2015, escribí una carta pastoral para la que elegí, como título, un fragmento del *Libro de la Vida*: «Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo... Sentíalo muy claro y que era testigo de todo lo que yo hacía, y no podía ignorar que estaba cabe mí» (V 27, 2), confiesa Teresa de Jesús. Más allá de una mera sensación, esta frase constituye lo esencial de su existencia: el Señor fue compañero de viaje en su vida, en todas las

facetas, ya que una de las principales virtudes de Teresa es, precisamente, la “unidad de vida”, tema a tratar en este congreso.

Y, ¿cómo llegó Teresa a experimentar a Jesucristo tan hondamente como compañero de vida?

Desde pequeña, en su entorno familiar, tuvo la gracia de contar con unos padres y hermanos quienes, como ella cuenta, «ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios» (V 1, 4). La devoción a la Virgen y a algunos santos -en especial a San José- quedó desde niña grabada en su alma. Cuenta Teresa que su madre solía hacer rezar a sus hermanos y a ella, y que, entre otras oraciones, la enseñó el rezo del Rosario: «Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo» (V 1, 6). Una de las anécdotas que siempre se recuerdan de Teresa, y que recoge en el *Libro de la Vida* -y en imágenes del convento de La Santa-, es la huida hacia el martirio que, con apenas nueve años, ella y su hermano Rodrigo decidieron pertrechar. Lo cuenta así:

Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad (V 1, 4).

Este acontecimiento ha hecho de los “Cuatro Postes” uno de los monumentos más visitados de la ciudad de Ávila.

También jugaba con Rodrigo a ser ermitaña, construyendo ermitas en el huerto de la casa paterna. Resulta entrañable comprobar cómo Teresa reconoce en esos gestos las pistas que Dios va poniendo en su camino hacia la santidad: «ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa» (V 1, 6).

La veneración a la Virgen María creció al morir su madre, mientras Teresa contaba doce años, señal de que Dios aprovecha cada circunstancia, también las más difíciles, en su favor:

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque

conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí. (V 1, 7).

Esta imagen de la Virgen se venera hoy en la Catedral de Ávila.

Fue un momento crucial de su memoria que se uniría pronto a una adolescencia poblada de tentaciones. Teresa es una joven agraciada, afable, a quien le gusta cuidarse. En esta situación, su padre toma la decisión de ingresarla en el convento de agustinas de Nuestra Señora de Gracia, muy cerca de la casa paterna. Y allí aparece de nuevo la providencial mano de su formadora, María de Briceño, de la cual decía:

Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa... Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima...

Aquí amanece en el horizonte de su vida un atisbo de su vocación:

A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa... También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. (V 3, 2).

Su decisión de abrazar la vida religiosa acontece a los 20 años, cuando el 2 de noviembre de 1535 ingresa en el convento de la Encarnación con gran dolor pero en contra de la voluntad de su padre. No fue un camino fácil. La enfermedad, la tibieza de espíritu y la vanidad la acompañarán durante veinte años. A los 39 años siguen las luchas internas: «Por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábame gran contento las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo» (V 7, 17). La constante en su vida es la oración y la presencia de Dios, que le confirió una unión profunda, poderosa, enérgica y, por ende, un amor tan grande que le hacía valorar la «gran bondad de Dios»:

Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaladose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia... Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía (V 4, 10).

Fue, en efecto, el Dios bondadoso quien la condujo a la conversión del corazón. La ocasión estuvo en la contemplación de un Cristo muy llagado: «un día en el oratorio,

vi una imagen que habían traído allí a guardar. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal» (V 9, 1). Era el comienzo de un proceso de conversión en el que influyó sobremanera la lectura de las Confesiones de San Agustín, con quien se sintió identificada, y una visión del infierno, que le llevaría al deseo de entregar su vida y la de sus hijas para ganar las almas que se pierden. Los últimos años de su estancia en la Encarnación estuvieron adornados de múltiples visiones y experiencias místicas con abundante oración, que fueron puliendo el alma de Teresa. El éxtasis más conocido es el de la transverberación de su corazón, que ella relata de este modo:

Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. [...] No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios (V 29, 13).

La celda donde sucedió esta experiencia mística se ha convertido en una capilla, visitada por numerosos fieles que acuden a participar en la santa misa y a orar.

El *Libro de la Vida* concluye con su primera fundación, el convento de San José, en el que da comienzo a la reforma del Carmelo Descalzo. Había llegado a la conclusión de que era necesario un nuevo camino de vida consagrada, diverso al que ella viviera en la Encarnación. Y así, contra viento y marea, superando todo tipo de adversidades, tomó la decisión de fundar un modo nuevo de vida conventual para el Carmelo. La descripción que hace de este convento es tan sublime que, relejendo sus palabras, estremece por cuanto supuso ese primer paso ya no solo para el Carmelo sino para toda la Iglesia: Ese «palomarcito de la Virgen nuestra Señora» (F 4, 5); «un cielo, si le puede haber en la tierra» (C 13, 17); un «rinconcito de Dios» (V 35, 12)... Así es el convento de San José, llamado familiarmente “las Madres”, aquí, en Ávila.

Y siempre a su lado Jesucristo, que no deja desfallecer a esta mujer fuerte, sensible, luchadora, valiente. En el convento de San José, Teresa de Jesús pasó los años más felices de su vida. Pero el Señor la acompañaba inspirándole nuevos horizontes para su reforma. El Espíritu misionero de Teresa se manifestó urgente en su deseo,

invitándole a fundar nuevos y numerosos palomarcicos. Así, «una noche, estando en oración, representóseme nuestro Señor... y, mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: “Espera un poco, hija, y verás grandes cosas”» (F 1, 8). Es la frase de esperanza y confianza en Dios, siempre acompañada de la colaboración humana. Es el sentimiento que sustenta este Congreso Interuniversitario, surgido por intercesión de Santa Teresa de Jesús, quien ha cuidado de un equipo de personas durante más de un año y medio de preparación.

Y termino. La feliz efeméride del V centenario del nacimiento de la Santa en Ávila ha impulsado la celebración de este Congreso Interuniversitario con la ayuda de siete universidades católicas españolas de gran relevancia: la Universidad Católica de Ávila, la Universidad Francisco de Vitoria, la Universidad CEU San Pablo, la Universidad Abat Oliba CEU, la Universidad CEU Cardenal Herrera, la Universidad San Jorge de Zaragoza y la Universidad Católica de Valencia.

Organizar este congreso y reunir en este centro a participantes de 26 países de todo el mundo es un logro que merece nuestro reconocimiento y felicitación. Además de unos conferenciantes de prestigio internacional, se presentan ochenta comunicaciones sobre Santa Teresa en torno a la vida interior y exterior de Santa Teresa de Jesús, el anuncio del evangelio o la perspectiva de futuro de sus enseñanzas.

Es, sin duda, una oportunidad excepcional para adentrarnos en la figura de esta Doctora de la Iglesia, que en estos días será también declarada doctora honoris causa por la Universidad Católica de Ávila.

Muchas gracias a todos por haber llegado a Ávila: ponentes, organizadores y participantes en estas Jornadas; deseo que respondan a vuestro interés cultural y espiritual, al que aportaremos nuestro espíritu de convivencia y eclesialidad.

Muchas gracias.